
Luis Gómez

Tiempos sin pasión. *DEMOCRACIA
EN LOS AÑOS OCHENTA*

Nos encontramos hoy con lo que podríamos denominar tiempos sin pasión, de descrédito, tiempos de desmantelamiento. Pareciera ser que la crisis nos está llevando a una creciente atomización, y lo que ayer generaba una amplia convocatoria, hoy se traduce en una multiplicación de actos de disolución. De ahí la desilusión, la ausencia de proyectos y la pérdida de atracción por hacer política y, de paso, por la sociología. Tenemos que echar mano de la filosofía política que, en su aparente estancamiento, debe hacer frente a la filosofía analítica, la que, en su pretensión de abarcarlo todo, sugiere la desmitificación formal de todo discurso.

En el ámbito social, quienes continuamos interesados por el cambio, por una sociedad distinta, sin opresión, justa y democrática, pareciera que estamos perdiendo iniciativas. Los hechos nos rebasan, confunden y aislan.

Así hoy, para muchos, hablar de democracia se vuelve urgente y, sin embargo, pienso que no podemos dejar de reconocer que se nos ha arrinconado a ello. Es decir, queremos hablar de democracia precisamente porque su ausencia se hace cada vez más manifiesta y paralelamente su necesidad no es sino el reverso de la moneda de una reestructuración capitalista internacional que tiene mucho de un proceso autoritario que hoy se expresa, simple y llanamente, como un creciente rompimiento de los acuerdos de paz interior y, al mismo tiempo, la internacionalización de la lógica de las categorías de guerra y derecho internacional al interior de los países llamados democráticos y de las naciones del Tercer Mundo.

El mundo ha cambiado vertiginosamente en los últimos siete años: los años 80 nos urgen a buscar una caracterización que nos ayude a comprender la profundidad de sus transformaciones. Se ha pasado rápidamente de la búsqueda del dominio sobre el espacio —esto es, el territorio— y del dominio sobre la materia —esto es, lo nuclear—, al dominio del tiempo, es decir, la velocidad. Este es, quizá, uno de los signos fundamentales de la presente década. Se trata, ante todo, de responder primero y responder más rápido quien domina el tiempo: quien domina el presente, domina el futuro. ¿Cómo se ha producido esto? ¿Qué implicaciones tiene para nuestro futuro y, particularmente, para el devenir de la democracia?

El mundo está siendo testigo de lo que se ha dado en llamar el ascenso de las políticas neoliberales y neoconservadoras, de las cuales son fehacientes partidarios los gobiernos de Ronald Reagan, Margaret Thatcher, Jacques Chirac y Helmut Kohl, pero que, también, van más allá de ellos ya que se expresan como una corriente que socialmente mantiene prácticas teóricas, políticas y de opinión que en casi todo Occidente han venido desplazando las opiniones y las prácticas instaladas por los tecnócratas que preconizaban y ejecutaban el plan gubernamental durante los años 60.

Desde mi punto de vista, dicho proceso pasa por un enmascaramiento de las palabras: el neoliberalismo no se identifica con un liberalismo clásico, no se trata en ningún momento de una vuelta indiscriminada a las políticas del *laissez-faire*; muchos mecanismos proteccionistas continúan funcionando, además de que la existencia y el reforzamiento de monopolios y corporaciones muestra, más bien, la presencia de mercados dirigidos por comandos capitalistas ajenos a la vieja clásica competencia “liberal”.

Tampoco el neoconservadurismo es un conservadurismo clásico, puesto que si bien se manifiesta por posiciones contra el progreso social, manteniendo propuestas contra el divorcio, el aborto, la inmigración laboral y puede llegar a adoptar posturas racistas y hasta fascistas, lo cierto es que es ferviente partidario del progreso tecnológico.

El advenimiento de las transformaciones políticas y sociales de los años 80 no solamente consolida las tendencias neoliberales y neoconservadoras; implica también una profunda recomposición orgánica capitalista que se encuentra, a su vez, determinada por una recomposición técnica y social sin precedentes surgida de la llamada revolución microelectrónica.

Pareciera ser que esta recomposición tendiera a generar, como efectos en el comportamiento social, cambios sustanciales en los valores de comunidad e individuo y, paralelamente, en el ámbito de gobierno de la

administración pública, una real reducción del gasto, en especial en lo que a programas sociales se refiere, no así en el renglón de los gastos militares que se continúan viendo como el motor de las economías de los países desarrollados.

Hoy, el periodo que cubren los últimos siete años y que pareciera prolongarse hacia el fin del siglo, se nos muestra como una etapa de progresiva transformación del Estado del *Welfare*, o Estado de bienestar, en un Estado de *Warfare*, o Estado de situación de guerra, donde las políticas de desmantelamiento de los programas sociales se realizan a costa del proletariado social —no solamente de la clase obrera tradicional— en términos de su sacrificio; es decir, de la instalación de progresivos dispositivos de disminución de su participación en la distribución, lo que significa un incremento sustancial de la austeridad y la escasez.

Estas son las reglas de la recomposición técnica, política y social del posmodernismo contemporáneo. Una enorme, gigantesca revaloración capitalista sustentada en lo que podríamos denominar segunda acumulación originaria, que no tiene más como característica la simple explotación del trabajo asalariado sino el creciente despojo de la calidad de mercancía de la fuerza de trabajo, expresado esto, a un mismo tiempo, como negación de las condiciones necesarias de reproducción, así como expropiación creciente del saber-hacer social y proletario transferido a las instalaciones y aparatos de la innovación tecnológica sustentada en la revolución microelectrónica. Esto ha generado un fenómeno que se viene convirtiendo en un dato permanente: desempleo crónico no atado a los comportamientos del ciclo económico. Igualmente es de constatarse la existencia de nuevos comportamientos en los sujetos expulsados de la producción, tales como la búsqueda de nuevas formas de autoterminación, con el surgimiento del llamado sector de economía difusa o sector paralelo alternativo. Es un gigantesco reto a ser creativos para sobrevivir.

Simultáneamente, la crisis del Estado planificador se expresa como crisis de la tecnocracia, puesto que ésta, al tener su razón de ser en el plan y en los programas gubernamentales, finca su utilidad en su capacidad de intervención social, mediante los aparatos estatales, lo que generó en su momento una especie de ingeniería social de gestión estatal, propiciada por una cierta abundancia de recursos y por la capacidad de planeación a mediano plazo de un cierto bienestar social. Hoy, los políticos neoliberales y neoconservadores, preconizan el abandono de la planificación, o al máximo su transformación en una planeación vaga de tipo indicativo u orientativo, a nombre de un pragmatismo que no se sustenta como lo habían afirmado —y continúan afirmando— en una estricta vuelta a los mecanismos del mercado, retorno a la mano

invisible, sino a su creciente capacidad de rápida intervención y respuesta a los problemas emergentes gracias a los aparatos e instrumentos informáticos de que hoy disponen. Así, el tecnócrata cede el paso al informático.

De ahí que hablemos de la incorporación de instrumentos de guerra relámpago a la confrontación social, es decir, a la creciente incorporación de instrumentos informáticos para producir, gobernar y controlar. Baste mencionar la instalación de los enormes ficheros políticos policíacos alemanes del interior y la reciente declaración del nuevo ministro francés sobre su admiración por los sistemas y la puesta en marcha de dispositivos similares para su país.

En el ámbito de la producción, la no neutralidad de la tecnología de los componentes electrónicos y de los micro-procesadores se puede ver claramente cuando advertimos que su principal objetivo es no sólo el desplazamiento de la fuerza física a través de la robótica, sino, sobre todo, el desplazamiento de la calificación del trabajo y del control humano sobre la producción. De ahí su carácter particularmente autoritario.

La noción de posmodernidad en el desarrollo hace alusión principalmente a la crisis de la modernidad, a su identificación con la manera moderna y tradicional de producir. La modernidad industrial y sus sistema de necesidades ha sido puesta en crisis al agotarse el modelo matriz ford-taylorista —la cadena de montaje. En lo general nos encontramos con un gigantesco proceso de terciarización de las economías, no exclusivamente como crecimiento desproporcionado del sector terciario o de servicios, sino de la creciente penetración de las formas de trabajo informático en el resto de los sectores productivos. La terciarización del sector industrial significa la incorporación de los componentes electrónicos y de los micro-procesadores a la producción. El incremento en el uso de la computación y de la robótica en la automatización contemporánea prefigura la creación de fábricas que operan a distancia y que se operan como oficinas, y significa igualmente una tendencia creciente a la descalificación general del trabajo vía su homogeneización. Nos encontramos aún lejos de la generalización de la fábrica robot, pero ésta ya existe. Productores de máquinas, herramientas y equipos de robótica como *Yamasaky* la tienen ya. Fábricas sin trabajadores, o casi sin trabajadores. Otras corporaciones también ensayan lo que ellos denominan producción flexible: *Olivetti*, *Renault*, *Fiat*. De otra forma, significa, también, la difusión de la fábrica en lo social, la vuelta a formas de trabajo a domicilio, así sea de trabajo informático, una reedición moderna del trabajo de costura en casa.

De esta forma, la crisis del modelo industrial es la crisis de las ahora llamadas industrias tradicionales: el acero, carbón, petróleo, la construc-

ción naval, una parte atrasada de la industria automotriz. Estas industrias están obligadas a incorporar innovaciones que disminuyan el empleo si no quieren perder competitividad. A muchas de las regiones donde están implantadas tanto en Europa como en Estados Unidos se les está denominando zonas de desastre industrial.

El neoliberalismo, apoyado por la velocidad del desplazamiento de capitales de las corporaciones de la innovación microelectrónica, al llegar al poder está poniendo en marcha planes acelerados de reprivatización de las economías procurando vender las empresas de propiedad estatal o social. Al mismo tiempo, pretende despolitizar lo social, reprivatizar la vida, incrementando los niveles de control social. Desmantelar las políticas del *welfare*, de los programas de salud, de educación, seguro de desempleo, etcétera, precisamente en el momento en que los expulsados de la producción tienen mayor necesidad de protección, mientras encuentran salir del desempleo o la manera de reciclarse mediante capacitación para el uso de nuevas tecnologías. Es evidente que éstas no podrán absorber la totalidad, ni dar posibilidad de reincorporación para la mayoría de ellos. Es en este sentido que se habla de proceso de destrucción de la clase trabajadora y más concretamente de la clase obrera tradicional. De otra parte, este proceso se ha realizado no sin fuertes resistencias; recuérdese la larga huelga de los mineros ingleses opuestos a la modernización de la industria del carbón en virtud de los despidos que generó. Fue una larga lucha que culminó con una dolorosa derrota. Hechos similares han ocurrido entre los acereros alemanes y los trabajadores de la industria automotriz francesa, donde para mantener la competitividad internacional, las empresas se han visto en la necesidad creciente de robotizar y computarizar la producción con el subsecuente desplazamiento de fuerza de trabajo. De alguna forma ellos —los trabajadores— son el costo social de la modernidad. En México, Fundidora Monterrey, Aceros Chihuahua, Renault Mexicana, etcétera, muestran un proceso parecido.

Así, con relación a la democracia, podemos constatar que este desmantelamiento de las políticas sociales, del gasto público, se ha visto acompañado de un creciente descrédito de las organizaciones corporativistas, de los sindicatos que llegan a sus niveles más bajos de afiliación y de capacidad de repuesta, así como de los partidos políticos y a veces gestores de las políticas de bienestar. Hay una gran franja social en el mundo del desarrollo que hoy carece de toda representación política. Y ese es un gran reto para las organizaciones democráticas, progresistas y de izquierda: entender en toda su dimensión la recomposición social que se está produciendo para asimilar que el mundo posindustrial presupone la emergencia de nuevos sujetos sociales y, por tanto, de nue-

vas demandas surgidas de la instalación progresiva de un nuevo sistema de necesidades.

Algunos partidos de izquierda se encuentran en la encrucijada de mantener su visión ideológica que presupone que todo progreso tecnológico lleva inevitablemente a la superación del modo de producción, sin darse cuenta que, de un lado, la tecnología contemporánea de ninguna manera es neutral políticamente y, de otro, que esta tecnología está desmantelando su base tradicional de apoyo, su clientela. No se trata tampoco de reindustrializar, de regenerar las industrias en decadencia a la vieja usanza. En todo caso, sí es necesario advertir que una tecnología democrática al interior de un proceso autoritario de cambio estructural es poco probable y, sin embargo, las formas de resistencia no han escaseado; se trata, ante todo, de saber qué conservar qué proponer. Evidentemente se trata de conservar el entorno ecológico, de proponer la utilización de tecnologías alternativas a las tecnologías de destrucción. Mantener la lucha de clases sí, pero preservando, al mismo tiempo, el escenario de la confrontación. Los derechos de las minorías raciales, étnicas y lingüísticas, las luchas concretas de las mujeres, el derecho al trabajo y, en su ausencia, la preservación de las condiciones de sobrevivencia y la participación en la distribución de la riqueza.

De otra parte, se constata el surgimiento de circuitos paralelos de producción y de circulación; por ejemplo en Alemania las comunas alternativas disponen inclusive hasta de un sistema financiero propio y han logrado modificar hasta la calidad de los productos del mercado oficial para poder competir con ellos. Existe también un redescubrimiento de lo micro-social de la comunidad y del barrio, donde es posible participar e influir en la modificación de las prestaciones y de los servicios. En cuanto al problema de la descentralización es posible oponer a las propuestas estatales y del sector privado precisamente el que no sean ni el Estado y la empresa o la corporación las que usufructúen las necesidades sociales. Especialistas como Janowitz, antiguo colaborador de la Escuela de Frankfurt, radicado en Estados Unidos, opone al *Welfare State*, el *welfare society*. Y es cierto que muchos de los servicios que normalmente deben ser prestados por el Estado pueden ser desburocratizados sin que, al mismo tiempo, sean entregados a la ganancia y la especulación. Hay una gran cantidad de servicios que podrían ser administrados por la propia comunidad. En cuanto a la información, es posible —se está haciendo aunque aún en proporción minoritaria— la creación de redes alternativas informáticas, que tengan como principio fundamental la libre circulación de la información, la circulación de información de interés para gente democrática, opuesta a la llamada privada que funciona sobre la base de concebir la información como

mercancía especializada e inclusive con carácter confidencial y hasta secreto.

Algunos grupos van más lejos proponiendo el boicot y hasta la destrucción sistemática de los aparatos tecnológicos de la producción automatizada que generan desempleo. Estos grupos tienen pocos seguidores en sus propuestas neoludistas, pero han multiplicado sus acciones inutilizando, por ejemplo, computadoras de los sistemas bancarios, o metiéndose a los archivos electrónicos para intentar borrarlos o alterar sus informaciones.

Las tragedias nucleares de Chernobyl, y de Three Miles Islands han dado la alerta contra la imposición autoritaria del uso de tecnologías nucleares. Las peticiones de consulta a la población se hacen cada vez más numerosas.

En Estados Unidos, Noam Chomsky constata la existencia de formas de resistencia al neoconservadurismo reaganita. Ante el retiro de subvenciones a los programas de combate contra la pobreza, los comités de solidaridad ciudadana se han multiplicado. Surge lo que ya hemos denominado como *welfare society*. Los comités para propósitos específicos como mantenimiento de escuelas para incapacitados, sostenimiento de universidades públicas, alojamiento a indigentes y organizaciones de resistencia al desempleo, han aparecido y se obstinan en una lucha que si bien es desigual y desproporcionada a la magnitud de los problemas, no cesa. En fin, es una lucha apasionada que se libra a contracorriente, en una época de tinte conservador, en tiempos de desmantelamiento, en tiempos sin pasión.

Así pues, tenemos dos procesos que enmarcan la discusión sobre la democracia: por una parte, la emergencia de un nuevo tipo de Estado que desplaza al llamado Estado de la planificación y que podríamos denominar de emergencia o de urgencia, cuya acción se finca, acorde con la época, en la velocidad de respuesta; no se trata como en el Estado-piano de resolver los problemas mediante la planificación, sino de proponer soluciones inmediatas, no importa qué tan acertadas o qué consecuencias acarreen, para este tipo de Estado, lo esencial es contar con el máximo de información posible para intervenir ahí donde los problemas se vuelven urgentes. Mientras no tenga “ruidos” prefiere no intervenir, ese es su lado liberal y cuando se produzcan “ruidos” confiará, ante todo, en su velocidad de respuesta. La revolución técnico-científica y sus corporaciones productoras son sus principales aliadas.

De otra parte, el rompimiento de los acuerdos de paz interior y la creación de instrumentos de guerra relámpago de carácter informático, obliga a la discusión sobre qué tipo de “democracia” quieren. Para los neoconservadores la retórica de la democracia pasa por el afianzamiento

de los controles sobre la sociedad y, para ellos, los instrumentos informáticos les son esenciales, y se están aplicando a la generalización de su utilización. De otro lado, entre más autoritarios se vuelven estos controles, más se confrontan con el conjunto de la sociedad y se ponen frente a ella. Igualmente, la nueva estructuración social implica, cada vez más, una menor intervención de la base social en los procesos de decisión; es decir, una menor intervención democrática. Esto puede llevar a la búsqueda de una reformulación del pacto social en términos más favorables para la población, frente al Estado y frente a las corporaciones internacionales.

Esto podrá hacerse siempre y cuando los impulsores de este proyecto de democratización tomen en cuenta lo que hoy deben hacer con una sociedad que es sustancialmente diferente.

En lo que a México corresponde, los efectos de la época son desastrosos. Si bien entre 1979 y 1981 el país parecía acercarse más que nunca a la modernización, hoy, lo que en el mundo se presenta como posmodernidad, aquí se expresa como imposibilidad de alcanzar la modernidad, lo que se manifiesta en:

- la imposibilidad de pagar la deuda;
- los efectos físicos y psicológicos del terremoto de septiembre de 1985;
- la caída en los precios del petróleo;
- la vinculación subordinada en la reestructuración internacional;
- la petrolización de la economía;
- el abandono del campo menos productivo;
- la orientación del campo más productivo a la exportación relegando las necesidades internas a segundo plano;
- la creciente diferenciación del México del Norte y del México del Sur;
- en el Norte un proceso que tiende a transformar la franja fronteriza en un corredor gigantesco de maquila, haciendo de esta industria la segunda productora de divisas por encima del turismo;
- una producción de ensamble dirigida al mercado internacional con pocos o nulos beneficios tecnológicos para el país;
- en el sur del país, Centroamérica y sus conflictos parecen cada día más cercanos.

Así, entre estos factores, México comienza a vivir momentos de disolución. Estamos empezando a dismantelar una planta productiva sin poder sustituirla por otra nueva. Estamos empezando a consumir más de lo que producimos y a eso se le llama crecimiento negativo o decre-

cimiento. Y, desgraciadamente, esto no parece ser el fin. El subdesarrollo parece haber encontrado la forma de aguizarse.

Con estas transformaciones, el propio Estado mexicano adopta políticas de desmantelamiento y privatización, está procurando vender para financiar sus déficits. Y no sólo esto: está efectuando recortes presupuestales, reduciendo los de por sí escasos programas de bienestar social al igual que los programas educativos, universitarios y de salud de la población. Los recortes de personal también han sido públicos y evidentes y, sin embargo, continúa el incremento del gasto en instrumentos de control informático policiacos y militares sobre la sociedad.

Y en todo esto, ¿dónde queda la democracia?

El Estado-partido mexicano mantiene sin duda intenciones monolíticas. Pretendiendo legitimarse en la Revolución Mexicana, ha sido contrarrevolución, y su tolerancia al pluralismo es reducida. Se presenta como el garante del pacto social, surgido del movimiento de 1910-1917 y estipulado en la Constitución, pero no tiene dificultad alguna para ser el primero en violarla o interpretarla de acuerdo a sus conveniencias. Hoy se vive un cuestionamiento del sistema de gobierno y de los mecanismos electorales desde una perspectiva que también corre con los tiempos, es decir, de carácter neoconservador. Sin embargo, quienes desde la población se adhieren a las posturas derechistas de la oposición panista en el norte del país lo hacen más por desesperación y por protesta. De cualquier forma, ello no significa sino la necesidad de reconocer la emergencia de nuevas demandas sociales, de reconocer igualmente que los sistemas pueden agotarse y que, ello, implica la necesidad de una apertura democrática que vaya contra la intolerancia y contra el autoritarismo, que se presuponga moderna si por ello entendemos al pluralismo de los que se quieren democráticos.

Pienso que es posible resistir. Crisis sin democracia es un llamado al autoritarismo, y todo autoritarismo se legitima en la razón de Estado y en el monopolio de la violencia. Crisis y democracia significan un menor riesgo que autoritarismo y tentaciones militaristas.

Una gran responsabilidad de los luchadores sociales es el encontrar y formular las nuevas demandas sociales: participación directa ciudadana en la gestión de la comunidad, democracia elemental, descorporatización de los sindicatos. Ecologismo como preservación mínima del entorno social, del escenario vivo de la confrontación social. Pacifismo como negativa a entrar en la lógica de la confrontación bélica de las potencias. Búsqueda de formas alternativas de organización social autónoma y autogestiva. Autodeterminación frente al desempleo, autorganización y creación de redes de grupos democráticos. Uso alternativo y social de las nuevas tecnologías. Libre circulación de la información. Boicot a la

información para fines de control social y político. Respeto y autopreservación de las minorías indígenas, étnicas y lingüísticas. Demandas específicas a la situación general de la mujer en nuestra sociedad. Derechos de los niños, de los ancianos y de los incapacitados.

Así, como vemos, la democracia no puede ser reducida a meras fórmulas electorales, si bien la pluralidad partidaria es de vital importancia, y esto es porque la democracia no es como muchos piensan, una mera forma con contenidos transitorios. La democracia, llevada a su plenitud, es un contenido profundamente radical que en su expresión más alta no puede sino ser social y socialista. A la inversa, la esencia de un socialismo radical y posible no puede sino ser estrictamente democrático. Este sin democracia, no es otra cosa que totalitario. Esa es, en todo caso, una necesidad de análisis que debe considerar todo aquel que se identifique con un cambio necesario y con la lucha por una vida que nos devuelva nuestras pasiones.